

Ficción
histórica

Forjado en el fuego

Diana Noonan
ilustrado por Vaughan Flanagan



Mc
Graw
Hill
Education

LECTURA
COMPLEMENTARIA

¡Eso sí es música!



Pregunta esencial

¿Qué influye en el desarrollo de una cultura?

Forjado en el fuego

Diana Noonan

ilustrado por Vaughan Flanagan

Capítulo 1	
Ayzize mira atrás	2
Capítulo 2	
Una base fuerte	8
Capítulo 3	
Fortalecido por las llamas	11
Respuesta a la lectura	16

**LECTURA
COMPLEMENTARIA**

¡Eso sí es música!	17
--------------------------	----

Enfoque: Elementos literarios	20
-------------------------------------	----

Capítulo 1

AYZIZE MIRA ATRÁS

El lodo me cubría los tobillos mientras daba machetazos a la orilla del río. Levanté otro canasto lleno de arcilla por encima de mis hombros y, por el peso de la carga, una mueca de dolor apareció en mi rostro. Detrás de mí, las aguas rápidas del Nilo chocaban contra los afloramientos rocosos de la superficie. Al otro lado, las mujeres sacudían la ropa contra las piedras lisas y, en las orillas, los niños se salpicaban agua entre ellos. ¡Cómo anhelaba dejar mi trabajo, nadar en el agua fresca y olvidar las horas que veía escapar ante mí! Tenía tan solo once años y ya era aprendiz de un alfarero. ¿Cómo *me* ocurrió esto? Mi padre, Ammon, era un gran pastor de ganado. Me parecía que apenas ayer había sido tan libre y juguetón como los niños que observaba ahora.

Estiré el pecho, di unos pasos tambaleantes y mis ojos se llenaron de lágrimas al recordar a mi padre. Era imposible contener mi dolor; mi padre se había ido. Yo ayudé a mi madre a enterrarlo, pero, desde entonces, la vida de mi familia había cambiado para siempre.



Mi padre era un hombre alto y orgulloso, el agricultor más rico de la aldea. Su ganado era fuerte y sus vacas daban buena leche. Mi madre era respetada por las mujeres de la aldea y mis seis hermanos y yo teníamos todo lo que necesitábamos, hasta que llegó la enfermedad.

Uno tras otro, los animales de mi padre dejaron de comer. Sus ojos se volvieron opacos y sin vida, se formaron gruesas costras en sus hocicos, se tambaleaban y caían y, finalmente, morían. Pronto los animales de los vecinos comenzaron a correr con la misma suerte y los hombres de la aldea culparon a mi padre. Decían que él tenía una maldición. Los niños se mofaban de mis hermanos y de mí y nos trataban con escarnio, y mi madre no se atrevía a salir de casa. Como el ganado continuaba muriéndose, nos expulsaron de la aldea. Mi padre nos construyó un refugio rudimentario en un matorral y, poco tiempo después, él también se enfermó.

Yo sabía que mi familia no tenía una maldición, pues mi padre me había contado la verdadera razón de la enfermedad: eran los extranjeros que llegaban al lugar. Llevaban semanas cruzando el horizonte con largas filas de camellos que cargaban bultos muy pesados.



Todas las noches acampaban cerca de donde pastaba el ganado de mi padre. Las otras personas de la aldea se mantenían alejadas de estos hombres, pero mi padre los visitaba con frecuencia e intercambiaba con ellos leche y queso por alimentos extraños y telas hermosas.

Acostado en el suelo dentro del refugio familiar, mientras se debilitaba más y más, nos contaba que había notado costras gruesas alrededor del hocico de los camellos. Eran exactamente como las costras que había visto en su ganado. Desconcertado, movía la cabeza de un lado a otro: ¿por qué los camellos se veían tan fuertes mientras que su ganado había muerto? Yo veía cómo mi padre se adelgazaba, ¿era él otra víctima de alguna nueva enfermedad que habían traído los extranjeros?

Después de la muerte de mi padre, todos en la familia nos esforzábamos por sobrevivir. Al principio, vivimos de los pequeños trozos de carne seca que mi madre había preservado y, cuando se acabaron, recolectamos bayas salvajes. Bebíamos el agua de los manantiales donde solía beber el ganado. Parecía que no teníamos manera de sobrevivir hasta que un día vino mi tío Horus, el hermano de mi madre. Dijo que había encontrado una manera de resolver nuestros problemas.

—Óyeme con detenimiento. Hay un alfarero en la aldea de al lado que no tiene hijos —dijo Horus—. Su nombre es Naeem y está buscando un aprendiz. Ayzize tiene la edad suficiente para trabajar y su salario podría alimentarlos.



¡Me pareció increíble la insolencia de este hombre! ¿Quién era él para decirme a mí, el hijo de Ammon, que tenía que trabajar como sirviente de un artesano? Tragué saliva y mi tío continuó hablando.

—No tienes alternativa —dijo Horus—. Tus hijos se mueren de hambre, el niño *debe* trabajar.

Antes de que mi madre hablara, yo ya sabía lo que tenía que hacer. Al día siguiente, por el bien de mi familia, me marché solo a la aldea vecina en busca de Naeem.

El ruido de los niños que jugaban en el agua me sacó de mis recuerdos. Ajusté el pesado canasto de arcilla en mis hombros. Era una cosa fea y pegajosa, ¡cómo la despreciaba! Naeem hablaba de la arcilla como si fuera algo prometedor. Frotaba con los dedos cada canasto que yo le llevaba y miraba el barro con expresión de cariño.

De repente me enojé. ¿Cómo podía salir algún objeto hermoso o útil de ese trabajo tan agotador y de ese barro sucio y pegajoso? Si ser el aprendiz de un alfarero era mi legado, hubiera preferido ser enterrado con mi padre.

AHORA COMPRUEBA

¿En qué piensa Ayzize cuando recuerda el pasado? ¿Qué ha cambiado en su vida?

Capítulo 2

UNA BASE FUERTE

—¡Más fuerte! —gritó Naeem desde donde trabajaba, bajo el alero de su casa—. Aplánala más fuerte o van a quedar burbujas en esa arcilla, estallarán en el horno y romperán la vasija.

Sentí como si me hubiera dado un latigazo. ¿Acaso no notaba Naemm que me estaba esforzando al máximo? Sentía como si la espalda se me fuera a romper en dos y mis rodillas estaban en carne viva de estar arrodillado en el suelo de piedra. Durante varias semanas había trabajado todas las horas del día; había cargado arcilla del río, la había mezclado con paja y la había extendido bajo el sol para secarla. Ahora la amasaba en largos rollos para que Naeem les diera forma de vasijas.

Naeem dejó su trabajo y se puso de pie junto a mí.

—¿Alguna vez has visto una vasija quebrada? —preguntó con más gentileza—, es un objeto muy poco estético. Ven, te mostraré lo que quiero decir.

Seguí a Naeem fuera de las instalaciones a un campo en el límite de la aldea. Vimos una pila de ceniza gris y vasijas rotas. Se veían tan inútiles, como escombros y polvo.

—¿Qué les pasó a esas vasijas? —pregunté—, ¿de quién son?

—Son de Sacmis —dijo Naeem—, mi rival. Afortunadamente para mí, no tiene mucha pericia.